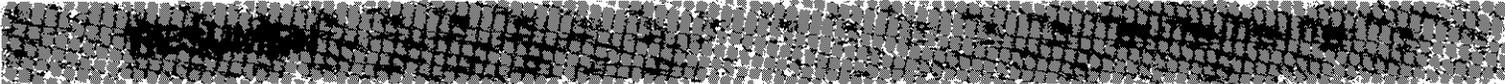


5

ASPECTOS SOCIOFAMILIARES DE LA ADOLESCENCIA

** Beatriz Molina Vélez*



La atención al adolescente se ha hecho desde un marco individual y se ha centrado más en los problemas que causa a la familia y a la sociedad.

Este trabajo pretende dar un nuevo enfoque que permita un manejo integral del adolescente. Se ubica primero a la familia, definiendo el éxito o el fracaso del joven en estrecha relación con la reorganización de la estructura familiar en nuevos arreglos jerárquicos y en nuevos modelos de comunicación que deben hacerse. La terapia debe por lo tanto encaminarse al logro de una mayor autonomía mientras se mantienen lazos de unión y afecto con el grupo de origen.

Aunque los problemas de un adolescente pueden tomar formas muy diversas desde las sociales, comunicacionales, de conducta y pensamiento, debe tenerse en cuenta cómo su familia simultáneamente pasa por una de las etapas más difíciles de su ciclo vital: la separación padres-hijos.

La relación sociedad-adolescente se ha visto de manera negativa, culpándose mutuamente de sus problemas. Este trabajo hace más énfasis en el rol constructivo del joven al cuestionar y promover los cambios en la comunidad.

Palabras claves: Sistema, ciclo de vida familiar, independencia, problemas sociales, de comunicación y relación, círculo vicioso, tratamiento familiar e individual, intervención en crisis, trascendencia social.

* Terapeuta familiar. Trims. Houston U.S.A. Máster en Trabajo Social. Houston University U.S.A. Profesor Depto. de Psiquiatría. Facultad de Medicina. Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia.
Separatas: Carrera 81 No. 32EE-34 Medellín - Colombia.

Adolescents have been only understood from an individual framework. Thus, social scientifics and therapists have emphasized the problems they cause on families and societies.

In this paper, a new approach is suggested, so an integral treatment can be followed. Failure and success in adolescents depend on family reorganization. New hierarchial rearrengments and communication models must be developed.

The goal of treatment is to promote individuality while young people still keep in touch with their families of origin.

Although problems may be expressed trough behavior, thought disorders, communication distortion and social confrontation, they also represent one of the most difficult stages in the family life cycle: parents - children separation.

This paper contrasts the relationship between society and adolescentes which has seen negatively. Young people also play a constructive role because they challenge and promote changes for communities.

key words: System, family life cycle, independence, social problemas, communication disorders, thought distortions, vicious circle, individual and family therapy, crisis intervention, social change.

INTRODUCCION

Hubo una época en la que los problemas de los adolescentes se atribuían solamente a la fragilidad de su naturaleza y a la inhabilidad de tolerar responsabilidades. Se postuló igualmente la existencia de un temor interno, quizás proveniente de la infancia que aterrorizaba al adolescente cuando éste se veía enfrentado a la posibilidad de autosuficiencia y autonomía. Tales explicaciones eran las únicas disponibles ya que se suponía que las causas provenían del fuero interno y no del contexto social que no era observado.

A medida que la ciencia ha avanzado y que los problemas se enmarcaron dentro del concepto de los sistemas, se ha notado que los problemas de un joven pueden ser descritos en términos de una respuesta a una forma peculiar de comunicación dentro de su familia. Por primera vez se ha considerado que dichas dificultades no están separadas del marco social y familiar del adolescente.

Otro avance importante en el desarrollo de esta forma de ver las situaciones fue la observación de cómo las personas se comunican

inapropiadamente como respuesta a una organización estructural de tipo disfuncional.

En las últimas décadas se ha postulado con base en las anteriores consideraciones que la más efectiva intervención terapéutica está dirigida a la organización estructural. A medida que esta cambia, los otros factores varían. Si uno piensa en términos de organización no puede dejar de ver la situación familiar. Aunque un terapeuta sea una persona que está ayudando a un miembro de la familia, ésta tiene reglas para relacionarse con los extraños.

Los objetivos de este trabajo son los siguientes:

1. Permitir una nueva mirada de la situación del adolescente ubicándola dentro del ciclo de vida de su familia.
2. Definir dentro de este marco los problemas que un adolescente presenta, respecto a cuáles son, cuándo se presentan, qué forma toman y cómo pueden resolverse.
3. Reubicar la relación sociedad-adolescente como dinámica y positiva para ambas partes.

Basada en mi trabajo terapéutico con familias y en algunos trabajos hechos en nuestro medio y en otros países, el presente pretende definir las partes ya enunciadas.

EL ADOLESCENTE Y EL CICLO DE VIDA FAMILIAR

La importancia de la situación social del adolescente ha sido minimizada por los científicos clínicos y sociales por diferentes razones. Primeramente porque el carácter individual y la personalidad han sido enfatizados por siglos, siendo la tarea del científico la de clasificar individuos, no situaciones sociales. En segundo lugar las instituciones culturales se han fundamentado en la idea que hacía del individuo la unidad de responsabilidad.

Si se permitiera mirar las situaciones sociales como causantes de los problemas de los adolescentes tendríamos que hospitalizar o encarcelar familiar y amigos más que a los individuos. Muchas facetas de la cultura dependen del hecho o mito del individuo como unidad aislada.

No existía una teoría completa y adecuada de las situaciones sociales hasta que los conceptos de sistemas se desarrollaron en el campo científico por parte de Ludwig Von Bertalanffy. Su perspectiva ha sido de difícil asimilación y aplicación. Es más fácil decir que una persona causó una dificultad que pensar en éstas como parte de un ciclo repetitivo en el cual todos los miembros de una familia o de un sistema participan activamente.

Una forma de ver los problemas del adolescente sería el de aceptar la situación social como una unidad con la simple idea de que las personas viven en situaciones sociales y darlo por hecho sin conceptualizarlo y tomarlo como base para el manejo del problema.

Situaciones ordinarias como las etapas del ciclo de vida de la familia parecían tan obvias que no fueron consideradas sujeto de la preocupación científica. Cada uno sabía que había una etapa en que los niños llegaban a la adolescencia y querían salir al medio exterior en búsqueda de independencia pero

esto no se veía como importante. En esta forma nadie miraba la relación existente entre los problemas de mal funcionamiento del adolescente y la etapa de vida que la familia atravesaba. Solamente aparece ahora que en cualquier organización los momentos de mayor cambio son aquellos en que una persona sale o entra a dicho sistema. Es por eso que la adolescencia, etapa en la que los hijos se aprestan a salir del grupo familiar, reviste tanto problema en la vida de éste.

Jay Haley, un terapeuta familiar, afirma que si un adolescente hace esta transición exitosamente, ello no es simplemente un asunto individual; simultáneamente se está separando de una familia y esto puede tener consecuencias para la organización total. El éxito o fracaso de un adolescente hace parte inexorable de la reorganización de la vida familiar, de los nuevos arreglos jerárquicos que deben hacerse y de los nuevos caminos en la comunicación que deben desarrollarse (1).

Si concluimos en relación al punto anterior, parece ser que cada familia entrará en un período de crisis cuando los hijos llegan a la adolescencia y empieza a aumentar sus contactos con el mundo exterior. A menudo la relación marital de los padres se torna turbulenta para luego mejorar progresivamente cuando los hijos logran finalmente independizarse de su hogar de origen.

En el momento en que el hijo inicia este proceso, la familia simultáneamente se adentra en el tercer período de su ciclo vital, período de separación de los hijos, en el cual se presenta nuevamente la primacía del funcionamiento de la pareja parental. Las diadas madre-hijo, padre-hijo, pierden su intensidad y en términos prácticos empiezan a disolverse, permitiendo así la formación de nuevas parejas maritales entre estos hijos y sus futuros cónyuges, ley inexorable de la expansión de la especie humana.

Pudieramos afirmar, de acuerdo con los planteamientos de Francisco Cobos, que la interacción familia-adolescente alcanza un punto de gran intensidad funcional en el período inicial de la adolescencia. Lo normativo es que la intensidad de la relación sea inversamente proporcional a la edad del hijo. Sin embargo parece que el proceso se torna amenazante para

las partes comprometidas en él. Para los padres es difícil ver marchar al hijo y para éste es asustador dejar el nido familiar donde encontró seguridad y bienestar (2).

Si la familia y el adolescente no logran pasar a la siguiente etapa de su desarrollo, el muchacho puede aislarse más de su mundo social y recluírse en el ambiente familiar donde puede presentarse una guerra con sus padres y hermanos, su escolaridad puede deteriorarse y se generan una serie de problemas que impiden que la familia pase a un estadio mayor en su evolución. Es en este momento en el cual se busca ayuda.

La familia participa activamente en este proceso, el adolescente se rebela, el grupo contraataca y esto provoca mayor agresión por parte del muchacho. Es en estas circunstancias cuando aparecen fenómenos de triangulación. Si la guerra ha sido establecida entre la madre y el hijo, el padre es invitado a participar para ser el intermediario, el mediador, o a ponerse del lado del uno en contra del otro. En estas condiciones el problema inicialmente planteado como del adolescente, se extiende a los padres y pareciera ser que todo el sistema se contagiara produciéndose una guerra total, en la cual los otros miembros de la familia son sucesivamente triangulados.

Cualquiera que sea el origen de la situación conflictiva, el primer período de la adolescencia se caracteriza por una atmósfera de antagonismo entre padres e hijos, que no necesariamente tiene que ser tormentosa y que en última instancia es la lucha por una mayor autonomía.

CARACTERÍSTICAS DE LOS PROBLEMAS DEL ADOLESCENTE EN EL MARCO FAMILIAR

En el marco que hemos venido trabajando, cuando un adolescente empieza a tener problemas, se puede asumir que la etapa de llegar a la independencia está funcionando mal y que la organización familiar está en dificultades.

La comprensión cabal de la interacción familia-adolescente facilita por lo tanto el entendimiento de los problemas y dificultades que los muchachos presentan en dicha edad.

Los problemas más frecuentemente encontrados, si miramos la perspectiva social y familiar pudieran clasificarse en:

1. Problemas sociales, como el fracaso del adolescente para independizarse de su familia, para tener éxito en el estudio y en el trabajo y el fracaso de la familia para contener y cambiar la conducta excéntrica y bizarra que algunos adolescentes empiezan a exhibir y que hace que otros agentes sociales de la comunidad (policías, médicos, etc.) sean activos. El problema entonces adquiere una dimensión social.
2. Problemas de la comunicación, tales como amenazas de autoagresión o violencia hacia otros, acciones confusas, explosiones impredecibles de temperamento sin razones claras, farmacodependencia; o la simple desobediencia a la autoridad parental o comunal, desobediencia que a veces aparece como involuntaria y el rechazo a hablar o a comunicarse.
3. Problemas de conducta, como actos criminales, obesidad o excesivo enflaquecimiento; abierto y excesivo desaseo personal que aparece en forma desafiante.
4. Problemas a nivel del lenguaje y el pensamiento, como por ejemplo el uso de palabras y formas comunicacionales que le son propias y únicas y que otros no entienden, el hablar con gente imaginaria, los pensamientos persecutorios, etc. (3).

Los problemas de un adolescente pueden tomar diversas formas que dependen de la estructura de la familia. En aquellas caracterizadas por la presencia de madres solteras por ejemplo, ésta usualmente vive con su familia de origen y está a cargo de sus hijos. A medida que éstos crecen, la madre y la abuela van quedando solas y se enfrentan a una reorganización de su relación. Otras veces la madre vive sola y si los únicos miembros de la familia son ella y su hijo, la ida de éste puede ser catastrófica para ella. En las familias que tienen padre y madre, estos pueden verse enfrentados el uno al otro después de varios años de funcionar en una organización de varios miembros. Algunas veces los padres se han comunicado a través de un hijo y tienen dificultades de

hablar el uno con el otro directamente.

Milton Erickson, famoso por su terapia de tipo sugestivo e hipnótica, afirmaba que la llegada de los hijos a la adolescencia puede llevar a los padres a no poder funcionar como una organización de dos y amenazar con divorciarse. Alguno de los progenitores puede a la vez desarrollar problemas como depresión, alcoholismo, úlceras, etc. y esto a menudo coincide con la llegada de los hijos a la etapa de la independencia. El problema del padre es por lo tanto una respuesta a un cambio de la organización.

Otra de las situaciones frecuentemente encontradas radica en que los asuntos maritales que los padres no afrontaron por los hijos y que deben ser asumidos en esta etapa de la vida familiar, son pospuestos o desviados por los problemas de alguno de los hijos.

Una de las formas de estabilizar la familia sería que el adolescente no se volviera más independiente y se quedara en la casa. Para lograrlo aparecen a veces problemas incapacitantes que hacen que el muchacho permanezca siempre al lado de sus padres. La función de su problema es el de permitir que los padres continúen comunicándose a través del hijo, mientras la familia permanece igual (4).

Otra forma es, para el joven, la de convertirse en una persona que vaga por la vida. Puede irse de la casa sin rumbo fijo, o entrar a grupos que la sociedad rechaza, o integrarse a ciertos cultos religiosos no aceptados. Es en estas situaciones cuando encontramos que los padres empiezan a acusarse el uno al otro por el problema o a discutir sobre lo que aún se puede hacer. La preocupación por el adolescente previene el cambio que la familia debe hacer porque continúa siendo triangulado en una relación marital a veces caótica.

Una de las mejores formas de describir esta situación es en términos de un círculo vicioso en el que el adolescente y la familia se ven envueltos en un ir y venir de circunstancias mutuamente reforzadoras. A un mayor intento de independencia del joven, mayor control de los padres, a este mayor poder, mayores intentos de autonomía y agresión del muchacho. En esta forma nos encontra-

mos con un proceso que no tiene principio ni fin.

Respecto a cuándo se presentan estos problemas en las familias, vale la pena destacar que la turbulencia que pareciera caracterizar este período se encuentra a veces cuando el mayor de los hijos llega a la adolescencia, mientras que en otros grupos las dificultades se tornan progresivamente peores cada vez que uno de los vástagos llega a esta edad y en otras, solo cuando el menor está listo para enfrentar al mundo de afuera. En otras situaciones, es el arribo a la adolescencia de un hijo en particular lo que precipita la crisis. En dichos casos esa persona ha sido de especial importancia para el matrimonio de sus padres. Quizás a través de él se comunicaban o era el vehículo para que los cónyuges permanecieran juntos alrededor de una preocupación o cuidado común.

Los problemas del adolescente pueden ser enmarcados como una forma extrema de resolver lo que le pasa a las familias en esta etapa de su ciclo vital. Cuando padres e hijos no pueden tolerar la separación e individualización que esta parte de la vida demanda, sus intentos pueden ser abortados. El desarrollo de dificultades que incapacitan socialmente al adolescente hace que éste permanezca dentro del sistema familiar.

Cuando los padres llevan a consulta a un adolescente, el terapeuta puede centrarse en él y ubicarlo en una consulta individual u hospitalarlo. Si eso se hace, los padres aparecerán más normales y preocupados y el muchacho manifestará una conducta más extrema. Lo que el experto ha hecho es cristalizar a la familia en esta etapa de su desarrollo, denominando y tratando al joven como un paciente. Los padres por lo tanto no tendrán que resolver sus conflictos entre sí y moverse a la siguiente etapa de su vida marital y el adolescente no tendrá que dirigirse hacia relaciones más íntimas fuera de su familia. Si su grupo de origen no resuelve esta situación, el muchacho se puede convertir en un problema crónico. Si el terapeuta establece además una alianza con la pobre víctima en contra de los padres, las dificultades se ampliarán.

La tarea del joven es la de separarse de su familia para lograr su individualización, al mismo tiempo que permanece envuelto con ellos.

Este balance es lo que muchos manejan y lo que las personas que trabajan con adolescentes deben buscar.

El objetivo del trabajo terapéutico con adolescentes será el de funcionar metafóricamente como una ceremonia de iniciación, ayudando a la familia a que el hijo entre al mundo adulto y a que los padres aprendan a tratarlo y a tratarse entre sí en forma diferente.

Si el joven rompe con su familia priva a sus padres de la posibilidad de superar etapas siguientes en su camino evolutivo. Cada generación depende de la otra en formas tan complejas que apenas ahora las estamos empezando a entender, a medida que miramos los problemas de una familia en una sociedad tan cambiante. El manejo y abordaje de la familia es por lo tanto esencial.

El dilema del adolescente es su intento de ser independiente y el de establecer paulatinamente su propia vida. Para que esto ocurra los padres a su vez deben empezar a desligarse de los hijos y este aspecto merece especial consideración. El ser humano es el único en la especie animal que debe hacer el extraordinario cambio de dejar de cuidar a sus hijos como menores, para aprender a manejarlos como iguales. Muchas veces nos encontramos con progenitores que quieren seguir intensamente unidos a sus hijos y como si la separación fuera desastrosa. Este tipo de organización puede continuar hasta que la persona cruza los umbrales de la vida adulta (5).

El proceso no es simplemente un asunto de independencia-dependencia como se veía anteriormente, sino además el paso de una etapa que es necesaria en la vida familiar. Si tenemos en cuenta el dilema que se le presenta tanto al individuo como a la familia, evitaremos errores fundamentales.

Si nos aliamos con los hijos, en contra de los padres, llegaremos a tener jóvenes peculiares y extraños que perderían la continuidad con sus familias. Los padres a su vez perderían la oportunidad de expandirse a través de sus hijos. Si, en cambio, nos unimos a los padres en contra de los hijos, se aumentará la brecha generacional hasta el extremo de que no ha-

brá puntos de encuentro.

Los problemas son en cierta forma contratos entre las personas y pueden por lo tanto tener diferentes funciones incluyendo las protectoras. No únicamente pueden los padres resistirse a una mejoría sino que el joven puede hacer lo mismo si no se hace algo con la familia. Entre más bizarra es su conducta, mayor es la posibilidad de que se produzca una catástrofe con su cambio.

Si se mira de esta manera, se presentan una gran variedad de formas de resolver los problemas de los adolescentes. El terapeuta puede hacer una intervención en crisis y reunir al grupo familiar en el momento de inestabilidad o puede intervenir a través de la madre, el padre, el muchacho, la familia extensa o todas las anteriores simultáneamente. Puede sí tener mayor éxito si mantiene el foco de atención en la familia total y si logra que el adolescente se mueva hacia el medio exterior mientras continúa su relación con la familia.

Muchas veces el joven no puede lograr cierta autonomía porque ello significaría una disfuncionalidad en la vida familiar, especialmente para la relación marital de sus padres, en aquellos casos en que ha jugado un papel de intermediario o compañero de su padre o su madre. Para estos padres la llegada de sus hijos a una edad más adulta es la pérdida del sujeto en el que centraron sus afectos o su soledad.

El abordaje de los problemas de un adolescente lleva a ayudar a la familia a sobrepasar una fase de su desarrollo. Una de las dificultades más frecuentemente encontradas en estos casos es la preocupación, benevolencia y sobreprotección que previene a padres e hijos de cambiar a una relación más de iguales. Algunos autores señalan que los padres más difíciles de manejar no son aquellos que maltratan a sus vástagos sino los que son tan indulgentes y protectores que no les permiten moverse hacia una mayor independencia.

Un aspecto particular de esta situación es aquella en la cual parece que uno de los progenitores está más envuelto con el hijo en una forma indulgente, mientras que el otro parece más periférico.

El tratamiento muchas veces trata de cambiar al más aislado, tratando de que se relacione más con su hijo mientras se procura romper la intensa interacción con el otro padre.

El adolescente a veces tiene una función en la relación marital de sus padres. Esta situación debe trabajarse si queremos que el joven se mueva hacia una mayor autonomía. Si este proceso falla, el muchacho seguirá atado a sus padres sin atreverse a asomar al mundo exterior.

REUBICACION CULTURAL Y SOCIAL DEL ADOLESCENTE

En muchas culturas, la llegada de los hijos a la adolescencia está presidida por una ceremonia que define al niño como un nuevo adulto. Estos ritos de iniciación le dan un nuevo status y le exige un nuevo trato por parte de sus padres. En nuestro mundo occidental parece que no existe esta clara delimitación. La cultura no tiene forma de anunciar que una persona ha llegado a la adolescencia. Lo que muchas veces se ve como la tormenta de esta edad no es más que la lucha de un sistema familiar por mantener un arreglo jerárquico que no es ya apropiado ni operativo para alguien que se está convirtiendo en adulto en un medio particular. Los problemas pueden por lo tanto mirarse como una forma de estabilizar el sistema social y familiar (6).

Como la cultura no ha definido claramente cuando se deja de ser niño para ser adulto, el joven hace diferentes intentos para lograrlo, sin embargo ellos llegan a ser cuestionados y combatidos. Sus deberes y derechos muchas veces no han sido especificados ni enunciados.

Hay que anotar en este sentido la importancia de los grupos de pares o de iguales. Dentro de estos hay que destacar el escolar, el vecindario y el deportivo. Son estos sistemas, además del grupo familiar primario, a quienes el hijo se aproxima. Algunas escuelas de psicoterapia los han llamado los objetos transicionales secundarios.

La búsqueda de la autonomía tiene para el

adolescente una trascendencia no solo individual sino también social, ante todo por el dinamismo que ellos imprimen y que da a la sociedad características diferentes a las que tenía la generación anterior. Estos cambios socioculturales derivados de la interacción individuo-sociedad son a veces cuestionados por los padres, quienes asumen posiciones extremas. Es en este momento, cuando se establece una lucha generacional. Pudiéramos mirarla como un motor de desarrollo y transformación social y entenderla, en vez de tratar de eliminarla inútilmente (7).

Dentro de este marco, la brecha entre las generaciones es un proceso natural. Atacarla es contraproducente ya que la hace adquirir caracteres extremos. Este es el principio de ciertos grupos de adolescentes que abiertamente expresan una conducta opuesta a la de sus progenitores y que confrontan el medio social en forma a veces improductiva. Este elemento antagónico puede ser de tipo ideológico y conformarse en algunos de los llamados grupos revolucionarios (8).

Este nuevo enfoque acerca de la adolescencia nos permite ubicar también en forma diferente la relación sociedad-adolescente. Anteriormente se conceptualizaba dicha interacción en términos de causa-efecto. Se consideraba a la sociedad como la causante de los graves problemas que aquejan a muchos jóvenes, bien como la consecuencia de los desequilibrios de clase social, de la pérdida o trastocación de valores y de la falta de un lugar donde ubicarlos. Otra forma de ver esta relación causal, es la de mirar al adolescente como el agitador de las situaciones difíciles, que desde el punto de vista social caracterizaron épocas anteriores. Se creía que las patologías individuales o de grupo que los muchachos mostraban, agredían al mundo social que constantemente era puesto en jaque por la turbulenta influencia de los adolescentes (9).

Esta mirada lineal solo permitía tratamiento en los que la sociedad o los jóvenes eran acusados y culpabilizados y esto solo aumentaba la mutua hostilidad.

No podemos dejar de valorar el papel de los adolescentes en los cambios sociales. El cuestionamiento que ellos hacen de muchos de los aspectos y situaciones conflictivas es valio-

so y pudiera ser encausado como motor del desarrollo. Son los jóvenes los que han iniciado movimientos que han llevado a modificaciones estructurales en la sociedad y esto no puede negarse o atacarse.

Sin su aporte la sociedad permanecería estancada y no pasaría de una etapa a la otra. En este sentido afirmamos que si bien el papel del adolescente pareciera perturbar el orden social, es por otro lado el promotor de mejores condiciones y un llamado a las transformaciones.

CONCLUSIONES

La comprensión cabal de la relación adolescente-familia-sociedad nos permite aproximarnos a esta realidad en forma diferente. En primer término debemos ubicar al joven dentro del contexto en el cual él vive, el más próximo de los cuales es su familia. Cada grupo de origen es único y tiene su propia idiosincrasia y su propio lenguaje. Mientras más nos apro-

ximemos a ellos, mayor cooperación lograremos.

Los objetivos del trabajo terapéutico son los de ayudar al adolescente a vivir normalmente y a los padres a estabilizarse después de que el hijo se ha separado del triángulo básico. Esta tarea es más compleja de lo que uno aparentemente observa.

En segundo término, es fundamental ubicar al adolescente como fuerza estabilizadora de su grupo familiar y social y a la vez como motor promotor de los cambios. Es en este sentido en el que enfatizamos cómo la mirada acusadora y culpabilizadora debe ser reemplazada por una de mayor respeto a su individualidad y de mayor comprensión del papel que ellos cumplen. No podemos continuar encajonándolos como la población más problemática y difícil que no tiene cabida en las instituciones, en las familias y en la sociedad. Hacerlo sería condenarlos al ostracismo y frenar el desarrollo social.

1. Haley, Jay. *Uncommon Therapy: the Psychiatric Techniques of Milton Erickson*, New York, W. W. Norton Company, 1973, p. 60.
2. Cobos, Francisco. Factores de desarrollo óptimo o desencadenamiento de psicopatología en los adolescentes, *Revista Colombiana de Psiquiatría*, Vol. IV, No. 4, octubre de 1975, pp. 383-386.
3. Haley, Jay. *Leaving Home: the therapy of the disturbed young people*, New York, McGraw Hill Book Company, 1980, pp. 35-36.
4. Haley, Jay. *Uncommon Therapy: the Psychiatric Techniques of Milton Erickson*, New York, W. W. Norton Company, 1973, pág. 61.
5. Madanes, Cloé. *Strategic Family Therapy*, San Francisco, Jossey-Bass Inc. Publishers, 1981, pp. 122-136.
6. Correal, Guillermo. La adolescencia en las culturas tribales. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, Vol. 5, No. 1, marzo de 1976, pp; 77-83.
7. Benítez G. Mariela; Serna P., Magda. Rasgos Psicossociales en la adolescencia. *Revista Temas de Trabajo Social*, Ministerio de Salud Pública, Hospital Psiquiátrico de La Habana, Vol. 2, No. 2-3, mayo-diciembre de 1980, p. 3.
8. Rosselli, Humberto y otros. El adolescente latinoamericano en la hora actual. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, Vol. 3, No. 1, octubre de 1973, p. 22.
9. Taborda, Luis Carlos y otros. Introducción a la Psicopatología general de la adolescencia. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, Vol. 4, No. 4, octubre de 1975, pp. 364-372.